

# INDEX

## UTOPIAS URBANAS EN LAS PROVINCIAS INTERNAS Y EL NORTE MEXICANO

Alejandro González Milea, Diana Ramiro Esteban, editores

Olimpia Niglio, directora científica

En Memoria de Luis Arnal Simón

### EDITORIAL

#### UTOPIAS URBANAS EN LAS PROVINCIAS INTERNAS Y EL NORTE MEXICANO

Alejandro González Milea, Diana Ramiro Esteban

7

#### EL SEPTENTRIÓN NOVOHISPANO: LA CONTRIBUCIÓN

DE LOS INGENIEROS MILITARES AL CONOCIMIENTO

DEL TERRITORIO EN EL SIGLO XVIII

José Omar Moncada Maya

11

#### LOS APACHES EN LA FRONTERA: ASENTAMIENTOS Y UTOPIA

Luis Arnal Simón

25

#### LA MISIÓN FRANCISCANA DE LA ALTA CALIFORNIA:

UNA COMUNIDAD UTÓPICA ENTRE PRESIDIOS Y PUEBLOS

Catherine R. Ettinger McEnulty

43

#### MANDATO DE TEODORO DE CROIX PARA FUNDAR

TRES NUEVAS POBLACIONES EN NUEVA VIZCAYA, 1777:

LAS CICATRICES DE LOS IDEALES ILUSTRADOS EN

UN PROYECTO URBANO DEL NOROESTE DE CHIHUAHUA

Gabriela Vázquez García

61

#### EL PLAN DE PITIC: REFORMISMO Y UTOPIA EN TIEMPOS DE LA ILUSTRACIÓN

Diana Ramiro Esteban

73

#### SONORA Y LA UTOPIA DE LA COLONIZACIÓN:

LOS PROYECTOS LIBERALES, 1835-1860

Iván Arturo Revilla Celaya

87

#### EL "POBLAMIENTO ESPAÑOL" EN LA COLONIZACIÓN DEL NORTE MEXICANO:

LA VOZ DE LOS INGENIEROS ENTRE LA INDEPENDENCIA Y LA POSREVOLUCIÓN

Alejandro González Milea

105

#### PHOTO CAPTIONS

119

Entidad colaboradora



**«UTOPIÁS URBANAS EN LAS PROVINCIAS INTERNAS  
Y EL NORTE MEXICANO»**



Cieneguilla '98



Luis Arnal imaginaba formas novedosas de explicar las cosas, 2018

#### Luis Arnal Simón (1942-2020)

A 25 años de la primera edición de *El presidio en México en el siglo XVI*, después de nueve ediciones del *Nuevo Reglamento de construcciones para el Distrito Federal: ilustrado y comentado* -publicado por vez primera en 1991-, luego de numerosos libros, capítulos, artículos, conferencias, y al final de una prolífica carrera y escuela, abrimos en este Dossier un espacio para recordar a Luis Arnal y su obra.

Entre quienes conocimos a Luis, nunca dejó de llamar la atención el arrojo con el cual ponía en escena cuestiones y temas imprevistos; era ésta, su manera descomunal e insólita de pensar, decir y hacer, la que quedó implícita en muchos de sus escritos, incluso en los de corte más científico. Fue un arquitecto tan interesado en el arte, la poesía, la música, el cine, y aprendiz de la práctica diaria del oficio, que con el paso del tiempo muchos entendimos, y aprendimos a aceptarlo como su estilo personal. De vastísima cultura arquitectónica, su producción en el ámbito edificatorio también fue amplia y constante. Pero fue quizás en la academia y en las aulas donde Arnal dejó la huella perenne.

Estudió en la Escuela Nacional de Arquitectura de la UNAM, titulándose en 1964. Con su segunda formación, como restaurador de monumentos, se le abrió cauce a una de sus mayores y constantes preocupaciones: el pasado. De aquí que su obra sobre historia de la arquitectura y del urbanismo, como recurso infaltable para la reflexión del presente, inoculada en cientos de restauradores y estudiosos del patrimonio, en las aulas o fuera de ellas, constituya un principal legado de su manera de pensar y abordar los temas.

Su interés y tenacidad en el estudio de los territorios norteños de México y del sur de los Estados Unidos derivó en la consolidación de una escuela para varias generaciones, en especial gracias al Seminario de Arquitectura y Urbanismo del Septentrión Novohispano (ARUSNI), con sede en la UNAM, que él impulsó. Posando inicialmente su mirada en el siglo XVI y la arquitectura militar, y luego en los siglos XVII y XVIII en territorios diversos: Coahuila, Tamaulipas, Florida, Texas, Arizona y Luisiana, Arnal tradujo esas cualidades afectivas tan suyas, en enfoques del todo novedosos para comprender y explicar la arquitectura del pasado: el paisaje, el caballo, el soldado de cuera, el capitán del presidio, el comerciante, el indio, el fraile, el asentista, el contrabando,... y en suma de cuentas lo que él llamaba "el poblador". Su idea de que la arquitectura no puede estudiarse sino es a partir de su conocimiento real, como testimonio, como vivencia, abonó a su espíritu viajero y le llevó a recorrer el Septentrión Novohispano como pocos. Mucho empeño y decisión lo hicieron llegar a lugares remotos: Huajuquilla en Chihuahua, Revilla en Tamaulipas, Pensacola en Florida, y cientos más.

En su última etapa se interesó por los apaches. Le produjeron gran intriga y mucha empatía; vio en ellos a los más interesantes personajes de ese pasado y territorio de frontera. Los halló en fotografías decimonónicas, y descubrió sus rostros y miradas tristes, nostálgicas. Arnal alcanzó a concluir una última reflexión sobre ellos, y se halla en este Dossier.

Descansa Luis Arnal,

Tus discípulos



## EDITORIAL

# UTOPIÁS URBANAS EN LAS PROVINCIAS INTERNAS Y EL NORTE MEXICANO

ALEJANDRO GONZÁLEZ MILEA, DIANA RAMIRO ESTEBAN

En el mes de noviembre del año 2019, en la celebración de la mesa *Utopías urbanas en las Provincias Internas y el norte mexicano* -dentro del 2º Congreso Iberoamericano de Historia Urbana, celebrado en Ciudad de México-, un grupo de investigadores nos dimos a la tarea de discutir la existencia de modelos que permitieran reflexionar sobre la ciudad como utopía. Interesaba comprender las normas, las ordenanzas, las instrucciones, los reglamentos, y otros instrumentos técnico-legales ocupados en el establecimiento de nuevas poblaciones. Asimismo, parecía oportuno profundizar en la actuación de ingenieros, arquitectos, peritos, inteligentes y demás artífices del espacio, para ahondar en las ideas y contextos que impulsaron la construcción de ciudades nuevas.

La palabra utopía, de gran prestigio en los tiempos modernos, ha supuesto cuando menos dos acepciones corrientes: el lugar inexistente habitado por los deseos, y la anticipación del destino de un derrotero. Si bien, de cuño occidental, a través de los siglos sirvió para ubicar el ánimo y el pensamiento en encrucijadas complejas; de ahí su frecuente refugio en la literatura, o su parangón en el instructivo o manual. Fue recurso de salvación, esfuerzo para enfrentar el desafío de la otredad, en fin, espacio para reservar a lo sagrado un sitio intocable, y claro está, uno de los orígenes -entre varios- de la búsqueda del control total. Pero desde el siglo XVIII, el plan también recogió toda la fuerza de visiones antiguas de mundos felices y alternativos, y su tradicional asociación con la ciudad ideal cobró vigencia. La utopía apareció muy ligada a los territorios alejados del control de los gobiernos, o en jurisdicciones especiales, y su relación con la colonización fue tan evidente que podría afirmarse que la mitad de la historia humana estaría escrita en el ámbito de lugares imaginarios. Desde el descubrimiento y el reconocimiento del territorio, hasta el dibujo de la ciudad ideal, la utopía apareció de manera multiforme y todavía hoy invita a los estudiosos a preguntarse sobre su significado actual en los ámbitos especulativo y práctico.

Teniendo como telón de fondo la anticipación del descubrimiento de América, y los esfuerzos por construir la comunidad cristiana -recogidos en las leyes indianas-, a partir del último cuarto del siglo XVIII la Corona Española resolvió la creación de la Comandancia General de las Provincias Internas, para denominar a los territorios más septentrionales del virreinato de la Nueva España que, a partir de entonces, quedarían retirados administrativa y políticamente. Llegada la independencia y poco después las pérdidas territoriales, primero Texas y después California y Nuevo México, se formó una división o límite fronterizo entre dos territorios que continuaron recibiendo variedad de planes de poblamiento y colonización, unos jalados por deseos de volver realidad viejos ensueños y otros expulsados por las mentes frías de la razón.

Por lo anterior, el lector de este Dossier hallará un amplio arco de aproximaciones, que inician con el descubrimiento y terminan con el recuerdo de viejas empresas, pasando con énfasis por varios planes de establecimiento de nuevas poblaciones.

Es interesante advertir, en suma de cuentas, que la empresa española en América, por lo general se ha presentado como el inicio de las utopías del mundo moderno -en tantos conocidos estudios, como los de Lewis Mumford, Lyman Tower Sargent, Fernando Aínsa, Gregory Claeys, Pierre Luc Abramson, José Miguel Morales Folguera, sólo por citar algunos-, pero también -parece necesario recordarlo- fue el punto de inflexión entre las versiones míticas, religiosas y positivas o institucionales sobre el cambio posible. Los territorios descubiertos todavía aguardan interpretaciones de las fuerzas que empujaron su poblamiento, y explorar el sentido y la lógica de proyectos constituye un primer paso para identificar sus limitaciones y posibilidades en nuestro mundo actual.

Un primer artículo, titulado *El Septentrión Novohispano: la contribución de los ingenieros militares al conocimiento del territorio en el siglo XVIII*, de la autoría de José Omar Moncada Maya, ofrece una mirada al contexto de trabajo de los ingenieros militares en el Septentrión Novohispano. Si bien, se trató de pocos especialistas para un territorio tan vasto y desconocido, asombra que su actividad haya derivado en los primeros estudios científicos, que con frecuencia iban acompañados de propuestas de colonización y varios tipos de obras. De manera principal se ocupa de los trabajos de Miguel Constanzó, Nicolás de Lafora y Agustín López de la Cámara Alta, sugiriendo otras trayectorias que invitan a continuar la investigación de un territorio a la vez descubierto y perdido.

En *Los apaches en la frontera: asentamientos y utopía*, debido a Luis Arnal Simón, se aborda uno de los episodios con más resonancia en la historia septentrional: el de los apaches y los sucesivos intentos para pacificarlos. A través de una revisión de sus denominaciones cambiantes, y de episodios de interacción con funcionarios de la Corona, Arnal describe cómo se fue resolviendo la mejor manera de asentarlos, si bien, unas veces con efectos perniciosos en la vida de los apaches, y otras veces con resultados pingües. Se entiende la forma de vida y construcción de espacios de esta nación, con un desenlace que invita a repensar el ambivalente significado de la palabra utopía, pues el mundo de los españoles no era mejor que el de los apaches.

El artículo de Catherine Ettinger McEnulty, titulado *La misión franciscana de la Alta California: una comunidad utópica entre presidios y pueblos*, ofrece una revisión de la manera en que evangelización de naciones indias, en la Alta California, halló su lugar entre asentamientos militares y civiles. Sugiere que solamente las misiones pudieron plantear un modelo de asentamiento alternativo, inspirado en la comunidad cristiana, pero frente a la presión que ejercían los paganos presidios y villas. El tópico permite discutir qué pudieron tener en mente los frailes, más allá de dar origen a nuevas poblaciones, destacando así el patio como elemento de reunión de comunidades.

Un trabajo de la autoría de Gabriela Vázquez García, *Mandato de Teodoro de Croix para fundar tres nuevas poblaciones en Nueva Vizcaya*, se ocupa de los planes del primer Comandante General de las Provincias Internas en la Nueva Vizcaya. Con la inspiración de los proyectos de poblamiento de la Sierra Morena, en Andalucía, Vázquez identifica aquellas filiaciones que se pusieron en práctica en San Pedro de Alcántara de Namiquipa, la Villa de San Antonio de Casas Grandes y la Villa de San Juan Nepomuceno, destacando la relación entre salud y entorno natural.

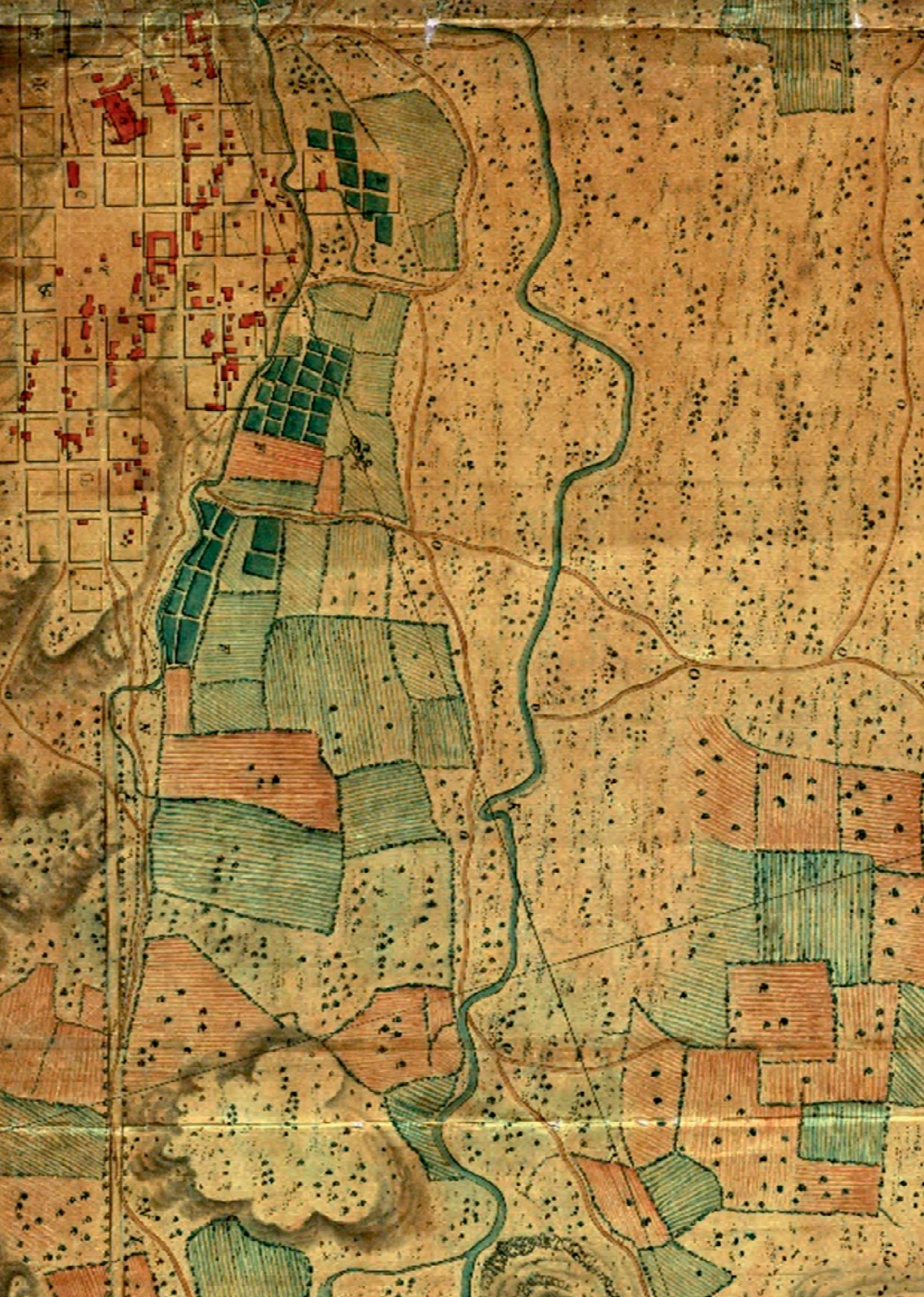
Diana Ramiro Esteban, en su artículo *El Plan de Pitic: reformismo y utopía en tiempos de la Ilustración*, ofrece un estudio de la Instrucción de 1783 que en su momento fuera pensada para orientar muchos otros establecimientos del Septentrión. Además de revisar cómo fue fraguado dicho plan, y detallar sus elementos de concepción, se ocupa con énfasis en San Pedro de la Conquista, y de otros lugares en Coahuila, para demostrar el carácter utópico de dicho plan.

El trabajo de Ivan Arturo Revilla Celaya, con título *Sonora y la utopía de la colonización: los proyectos liberales, 1835-1860*, atiende a los procesos de reorganización territorial ya en el periodo independiente, en la zona de los ríos Yaqui y Mayo. A partir de un antecedente en la época colonial, explica cómo los ideales liberales fueron abriéndose paso hasta acuñar una concepción utópica propia del siglo XIX. Las intenciones de colonizar, aparecidas en informes e inspecciones, ayudan a revisar varias ideas para establecer nuevas poblaciones; coloca el énfasis en el Puerto de la Libertad impulsado por Ignacio Pesqueira, para concluir con varios establecimientos del Yaqui y Mayo, de manera destacada la colonia Pesqueira.

Por último, Alejandro González Milea, en su artículo *El "poblamiento español" en la colonización del norte mexicano: la voz de los ingenieros entre la Independencia y la Posrevolución*, se ocupa de la persistencia en el siglo XIX y parte del XX, de viejas ideas de establecimiento de nuevas poblaciones en el norte de México. Las opiniones de algunos técnicos en la esfera del fomento nacional, los trabajos de jesuitas en Chihuahua y algunos idearios de agraristas del siglo XX -entre otros experimentos como las colonias de cristeros, y los internados indígenas-, sugieren que la conquista espiritual y el poblamiento civil-militar continuaron vigentes como estrato de generación de imágenes utópicas.

Las anteriores contribuciones se suman al trabajo de un poco más de dos décadas, del *Seminario de Arquitectura y Urbanismo del Septentrión Novohispano y el México Independiente* (ARUSNI), con sede en la Facultad de Arquitectura de la UNAM. La pérdida inesperada de uno de sus principales fundadores, durante el proceso de dictaminación y revisión de los trabajos de este Dossier, también sugirió incluir un breve pero bien sentido homenaje a la memoria de Luis Arnal Simón.





# EL SEPTENTRIÓN NOVOHISPANO: LA CONTRIBUCIÓN DE LOS INGENIEROS MILITARES AL CONOCIMIENTO DEL TERRITORIO EN EL SIGLO XVIII

JOSÉ OMAR MONCADA MAYA

*Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México*

moncadamaya@yahoo.com.mx

Accepted: April 20, 2020

## ABSTRACT

The 18th century was marked by important changes in the Royal Corps of Engineers. In 1718, the first Instructions and Ordinances for the Corps of Engineers are given, and for those individuals who went to America, their actions would be framed within the policy of the new reigning house, which highlights the policy aimed at maintaining and consolidating the domain relations over colonial territories, in which military engineers play an important role. During the second half of the 18th century, some members of the Corps of Engineers actively participated in territorial surveys in the northern part of the Viceroyalty of New Spain, leading to the foundation and relocation of numerous villages, presidios and missions, of which a significant number survived the various historical events.

During the last third of the century the expedition to Alta California takes place, in which the engineer Miguel Constanzó participates, in order to ensure the Hispanic presence in those remote territories, with the creation of the San Diego and Monterrey settlements. With different objectives, the engineer Nicolás de Lafora makes a visit to the northern presidios that lasts more than three years, which resulted in the "Reglamento e Instrucción para los presidios" to be formed in the New Spain Presidios Line; while the engineer Agustín López de la Cámara Alta participates in the inspection of the New Santander with the objective of knowing the situation and the development of a colonizing company carried out by José de Escandón. Of all these recognitions, and others, the military engineers left us detailed descriptions and an important cartography that allowed a broad knowledge of these territories, which in some cases motivated the intention to occupy and develop them economically, with unequal fortune.

*Keywords:* Military Engineers, New Spain, Knowledge of territory.

## INTRODUCCIÓN

La caída de México-Tenochtitlan en manos españolas, en 1521, dio lugar a la organización de expediciones militares que, al tiempo que buscaban la sujeción de los grupos indígenas, exploraban la disponibilidad de recursos que el nuevo territorio ofrecía al conquistador. A lo largo de los tres siglos de dominación colonial, la expansión territorial de la Nueva España debe ser considerada como una empresa notable, pues para el siglo XVIII el virreinato alcanzó su mayor extensión, llegando por la costa del Pacífico Norte al paralelo 42°. Sin embargo, el dominio sobre estos territorios, mayor a los cuatro millones de kilómetros cuadrados, fue más ficticio que real.

También se puede afirmar que la presencia de los recursos minerales determinó la dirección del avance hispano y con ello la creación de centros de población, lo que requirió la movilización de indígenas de áreas previamente sometidas, e inclusive la introducción de los esclavos negros como mano de obra para trabajar en las minas. A su vez los caminos se extendieron y el comercio regular y estacional atrajo elementos de la vida urbana. Los asentamientos transformaron definitivamente la imagen de las regiones del norte de la Nueva España (Navarro, 1979, 203).

El Septentrión Novohispano podría considerarse, entonces, como una región de oportunidades; las expediciones hacia nuevas tierras fueron atractivas para los españoles, quienes aprovecharon la primera distribución de propiedades y privilegios. La colonización se extendió grandemente de acuerdo a los intereses de la Corona, de los capitanes de conquista y de sus hombres, imperando así el espíritu de aventura y riesgo en buena parte de la sociedad hispana de los siglos XVI y XVII.

Junto con mineros, rancheros, agricultores, comerciantes y soldados, los misioneros también ocuparon su lugar en los territorios septentrionales; las misiones siempre tuvieron un papel activo en la ocupación de regiones marginales del reino. Realizaron las más arduas expediciones, establecieron centros para la conversión de los

indígenas; fundaron su disciplina cristiana, moderada por el rigor y el peligro de la vida en la frontera norte. Estas misiones, principalmente de franciscanos y jesuitas, no cumplieron una función exclusivamente religiosa dado que, en muchos casos, tanto los asuntos sociales como económicos estuvieron bajo el control de los misioneros y, de acuerdo a las condiciones en que se encontraran, en determinadas circunstancias jugaron un papel de control del territorio.

El norte de la Nueva España fue importante, entonces, por muy diversos aspectos. Sin embargo, la presencia de tribus hostiles, genéricamente conocidos como chichimecas y apaches, quienes supieron apreciar el valor de los caballos para transporte, carga y alimento, y sobre todo para la guerra, condicionó en muchos momentos el poblamiento de vastas regiones en las provincias norteñas.

Las invasiones de los apaches condicionaron a los españoles a desarrollar instituciones para hacerles frente, como es el caso de las "compañías volantes", fuerzas de caballería altamente móviles (Zavala, 1979, 188); pero, sobre todo, la creación, en el siglo XVIII, de la Comandancia General de las Provincias Internas, con el fin de proteger la frontera contra los apaches y, sobre todo, estructurar espacialmente este gran territorio (Navarro, 1964).<sup>1</sup>

#### EL REAL CUERPO DE INGENIEROS MILITARES

Aun cuando los ingenieros militares tienen presencia en el virreinato de la Nueva España desde el siglo XVI, es a partir del siglo XVIII cuando su actividad se vuelve significativa para el ordenamiento del territorio. Como militares, su principal actividad fue la defensa del territorio, labor que cumplieron ampliamente al desarrollar un sistema defensivo costero en el Golfo de México y Mar Caribe, que incluía las fortalezas de San Juan de Ulúa-Veracruz, Campeche, Sisal, la ciudadela de Mérida y el fuerte de San Felipe de Bacalar; además, como refuerzo a Veracruz, se construyó el fuerte de San Carlos, en Perote. Por el Pacífico, la única fortaleza que se construyó fue la de Acapulco. Como complemento a este sistema defensivo básico, los ingenieros participaron en la localización y construcción de baterías y presidios (Calderón, 1953; Gutiérrez, 2005).

Junto a estas actividades de estricto ámbito militar, los ingenieros desarrollaron una importante actividad en apoyo de las autoridades virreinales, por lo que sus obras y escritos fueron una importante fuente de información para una mejor estructuración del espacio (Capel, Sánchez & Moncada, 1988). De hecho, Báquer (1971) considera que descubrieron más posibilidades para su vocación científico-político-militar en los territorios de ultramar que en la propia metrópoli.

Desde la vertiente no militar, los ingenieros desarrollaron una intervención espacial a través de la realización de obras públicas, abarcando muy diversas facetas: participaron en la construcción, mejoras y reparos caminos, destacando los de Veracruz a México; llevaron a efecto una importante labor en las obras del desagüe del valle de México; intervinieron en el abastecimiento de agua para las ciudades de Guadalajara y Veracruz. Si su obra en el campo de la arquitectura no es numerosa, sí es significativa (Capel, García, Moncada, Olivé, Quezada, Rodríguez, Sánchez & Tello, 1983; Moncada, 1993).

Por lo que respecta al conocimiento del territorio, realizaron una labor relevante, dado que participaron en numerosos reconocimientos a lo largo y ancho del virreinato, con propósitos muy diversos. Ante la imposibilidad de señalar todos y cada uno de estos reconocimientos, se expondrá únicamente la participación de algunos miembros del Real Cuerpo de Ingenieros Militares que permitieron un mejor y mayor conocimiento de la geografía del territorio septentrional.

Hay que resaltar el hecho de que el número de ingenieros destinados hacia aquellos territorios siempre fue insuficiente, como lo fue igualmente para el virreinato y el continente. De acuerdo con un informe del ingeniero director Silvestre Abarca, en 1778 apenas estaban destinados en América 57 ingenieros, de los cuales 10 estaban en Nueva España. Una nueva propuesta, que no se realizó, elevaba su número a 110, aunque, para el virreinato, de los 22 propuestos apenas se desplazaron 10, con lo que las carencias continuaron. Y en el caso particular de la Comandancia General de las Provincias Internas, apenas se destinaron dos ingenieros (Moncada 1993; Moncada, 1994).

#### LOS INGENIEROS Y EL SEPTENTRIÓN NOVOHISPANO

Tal vez lo primero que habría que señalar es que se trata de un territorio que se conformó a lo largo de los tres siglos de dominación hispana. A la llegada de los españoles, la división básica sería entre Mesoamérica y Aridoamérica, toda vez que la primera estaba ocupada por las grandes culturas agrícolas del centro del México actual, mientras que el territorio al norte de ellas estaba ocupado por grupos nómadas o seminómadas, conocidos como chichimecas, por lo que se generalizó el nombre de la Gran Chichimeca para el extenso territorio ocupado por ellos. Conforme se fue dando la expansión del territorio ocupado por los españoles, esta frontera se fue moviendo cada vez más al norte, de modo que para el siglo XVIII ya ocupaba grandes extensiones del sur y suroeste del hoy territorio de los Estados Unidos.

<sup>1</sup> Entre la amplia bibliografía sobre los apaches, destaca la obra clásica de Moorehead (1976); más los textos recientes de Minor (2009) y Santiago (2018).

Un segundo aspecto es la heterogeneidad de este vasto territorio. Tratar sobre el Septentrión Novohispano implica ir desde las llanuras costeras del Pacífico a las cumbres de las cordilleras montañosas del occidente de México y su continuación en las Montañas Rocosas o la Sierra Nevada, al gran desierto de Sonora-Arizona, a las amplias llanuras, o a la gran cuenca del Mississippi.

Finalmente, debe reiterarse que fueron muy pocos los ingenieros militares destinados a estos territorios, y que nunca fueron más de tres los que de forma simultánea sirvieron. Por ello, se hará referencia a algunos de ellos que participaron en amplios reconocimientos territoriales, y que después de ello abandonaban aquellos territorios y no volvieron más a ellos. Pero igualmente señalar el relativo abandono que las autoridades virreinales tuvieron de aquellos tan lejanos territorios. A las primeras expediciones comandadas por los conquistadores en el siglo XVII -Francisco Vázquez de Coronado, Hernando de Soto, Juan de Oñate- le seguirá casi un siglo de abandono, donde la presencia de España sólo se manifestaba a través de las misiones establecidas por los franciscanos y, posteriormente, de los jesuitas.

Por ello, el objetivo central del presente trabajo es mostrar las contribuciones de los ingenieros militares al conocimiento de los territorios septentrionales de la Nueva España, particularmente durante el último tercio del siglo XVIII. Para ello, nos concentramos principalmente en la obra escrita de tres ingenieros -Miguel Constanzó, Nicolás de Lafora y Agustín López de la Cámara Alta-, quienes recorrieron estos vastos lugares y nos legaron diarios de sus respectivos viajes;<sup>2</sup> además, mencionaremos actividades de otros ingenieros que actuaron de forma más aislada en aquellas regiones.

Pero, antes, hay que mencionar dos antecedentes, uno en el siglo previo y otro en la primera mitad del siglo XVIII. En 1642 se envió al ingeniero Marcos Lucio, flamenco de origen, a la Nueva España, con destino en Sinaloa, y que "entre los años 1646 y 1648 había 'observado, descrito y reducido todo lo que propiamente se dice de Nueva España a un mapa grande y general, dividido éste en otros seis que comprenden las provincias de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya, Nuevo León, Nuevo Méjico y Sinaloa, con su población, distancias y alturas'", acompañados de escritos descriptivos que se han perdido (Calderón, 1949, 16). Después de Lucio, tuvieron que pasar casi 50 años para contar con la presencia de otro ingeniero militar, pues para la primera mitad del siglo XVIII sólo se tiene el registro de Francisco Álvarez Barreiro participando en expediciones hacia estos territorios.

Álvarez Barreiro llegó al virreinato en 1716, acompañando al virrey marqués de Valero y, de acuerdo con su hoja de servicios, marchó en 1717 junto con el recién nombrado gobernador de Texas, sargento mayor Martín de Alarcón. Muy poco se sabe de su participación en éste que fue su primer viaje; él mismo sólo destaca su intervención en la erección de la iglesia de la misión de San Antonio, retornando a España en 1720 (Rivera, 1946; Naylor and Polzer, 1988).

En 1722 regresó a la Nueva España junto al virrey marqués de Casafuerte. Su principal actividad fue acompañar al brigadier Pedro de Rivera en la inspección de los presidios septentrionales entre 1724 y 1728, quien lo escogió sabedor de su anterior estancia en aquellos territorios. Los objetivos de la visita a los presidios cubrían dos ámbitos, uno de carácter administrativo y otro de estricto ámbito militar. Por ello, en las *Instrucciones* que se le extendieron a Rivera se le ordenaba visitar

[...] "cada uno de dichos presidios, determinando su situación, el carácter con que originalmente habían sido instituidos, los nombres y el territorio ocupado por cada una de las tribus de indios que vivían en las cercanías, la naturaleza de sus hostilidades, la distancia al presidio más cercano y los medios de comunicación. Rivera debería determinar los precios de transporte de los bastimentos a cada presidio y se le concedían amplias facultades para aplicar correctivos a los responsables de irregularidades o fraudes. Su relación debería acompañarse con un mapa" (Alessio, 1978, 476).

La expedición inició el 21 de noviembre de 1724, visitando todos los presidios y, al cabo de tres años, en agosto de 1727, llegó a San Antonio de Béjar. El informe final de Rivera, fechado en diciembre 7 de 1728, se publicó en la ciudad de Guatemala en 1736. La portada es un sumario del contenido:

"Año de 1728

Proyecto

Mandado hacer por el Excelentísimo Señor Marqués de Casafuerte Virrey, Gobernador y Capitán General de esta Nueva España y Presidente de la Real Audiencia de ella. Deducido de la Visita hecha por el Brigadier Dn. Pedro de Rivera, que contiene tres puntos.

El Primero

El estado en que estaban los Presidios antes que se visitasen.

El Segundo

El en que se pusieron después que se les hizo la visita.

El Tercero

El en que por última disposición de su excelencia convendrá se pongan.

Y por fin de todo

<sup>2</sup> Vale la pena destacar que los diarios de dos de estos ingenieros se han reeditado en los últimos años, dado que las ediciones originales son anteriores a los años 50 del siglo pasado y eran de difícil acceso. Véase López de la Cámara Alta (2006), y Moncada (2012).

Un mapa que pone presente cuanto el citado proyecto incluye, con más algunas advertencias necesarias" (Rivera, 1946).

En resumen, Rivera recorrió todos los presidios existentes hasta esa fecha, recomendó la reducción de las guarniciones de los presidios y la supresión de algunos de ellos, cercanos a las misiones franciscanas. Si bien no existían instrucciones específicas para Álvarez Barreiro, el ingeniero desempeñó una comisión mucho más completa, pues mientras Rivera se dedicaba a organizar administrativamente los presidios, él realizó recorridos por todas las provincias septentrionales recopilando información diversa, determinando coordenadas de numerosos sitios, que posteriormente utilizó para lo que sería su obra más importante, la elaboración de una completa cartografía de los territorios septentrionales, ya con el empleo de "ingeniero en jefe del Nuevo Reino de Filipinas, Provincia de los Tejas".

En el Archivo General de Indias, en Sevilla, se conservan los siguientes mapas:

[...] Plano corographico de el Nuevo Reyno de Toledo, Provincia de San Joseph de Nayarit cuya Capital es la Mesa de el Tonat o Sol [...] (1725); Plano corographico e Hidrographico de las Provincias de la Nueva Vizcaya y Culiacán de el número de las de Nueva España [...] (1726); Plano Corographico del Reyno y Provincia de el Nuevo México una de las de Nueva España [...] (1727); Plano Corographico y Hidrographico de las tres Provincias de Sonora, Ostimuri y Sinaloa de las internas de la Nueva España situadas entre el canal de California y la Nueva Vizcaya [...] (1727); Plano Corographico de los dos Reynos el Nuevo de Extremadura o Coaguila y el Nuevo de León Provincia de el número de las de la Nueva España [...] (1729) (Torres Lanzas, 1900, 88-94). También existe un mapa general, en la British Library, en Londres, intitulado: Plano, corographico e hidrográfico, de las provincias de el Nuevo México, Sonora, Ostimuri, Sinaloa, Culiacán, Nueva Vizcaya, Nayarit, Nuevo Reyno de León, Nueva Extremadura, o Coaguila, y la del Nuevo Reyno de Philipinas, Provincia de los Tejas [...] (Reyes, Ruiz, González, Herrera, González & Sánchez, 1990, 208).

Se podría suponer que es el mapa general de las provincias septentrionales al que hace referencia Pedro de Rivera.

Además, Álvarez Barreiro escribió una *Descripción de las Provincias Internas de la Nueva España*, "para más clara inteligencia de los planos que la acompañan, en que se determina el número de naciones existentes en cada una, y el de los indios de ambos sexos que componen sus pueblos. Frutos que en sus territorios produce cada una, con las maderas, animales y temperamentos" (Lowery, 1912, 256). Es decir, una descripción completa del paisaje, contemplando la disponibilidad de recursos naturales, pero también humanos, y que complementa la descripción que de aquellos territorios hizo el brigadier Pedro de Rivera. De hecho, gran parte de la información sobre coordenadas, grupos indígenas, flora y fauna, que proporciona Rivera en su *Descripción de las Provincias Internas*, es la que proporciona el ingeniero en el texto arriba señalado.

Para la segunda mitad del siglo XVIII, el Septentrión Novohispano es un escenario donde confluyen intereses de varias naciones -Rusia, Francia, Inglaterra y, posteriormente, Estados Unidos- que ponían en peligro la soberanía española sobre estos territorios. Ante ello, el gobierno virreinal emprende varias campañas para reforzar la presencia hispana y, a la vez, hace intentos por asegurar el dominio territorial sobre los mismos.<sup>3</sup> Es dentro de esta política, comandada por el visitador José de Gálvez, que debe enmarcarse la presencia de los ingenieros militares en los territorios norteños. En primer lugar, se hará referencia a la participación de los ingenieros en dos importantes expediciones: Nueva o Alta California y las Provincias Internas.

#### MIGUEL CONSTANZÓ

Hacia el último tercio del siglo XVIII llegan a la Metrópoli noticias sobre presencia de establecimientos rusos en las costas americanas del Pacífico norte, que causaron gran preocupación en las autoridades virreinales, pues aquellos territorios se hallaban prácticamente abandonados (Vila, 1966). Por ello, en 1766 el visitador José de Gálvez emprendió la tarea de organizar una expedición con el fin de tomar posesión de Monterrey y construir un presidio, pretendiendo con esto el inicio de un dominio político y económico de la Alta California. Entre los miembros de la expedición al mando de Gaspar de Portolá se hallaba el alférez de ingeniero Miguel Constanzó,<sup>4</sup> quien participó ejecutando una serie de actividades que permitieron obtener un mejor conocimiento de la geografía californiana. De su labor en estas tierras conviene señalar su reducida pero muy importante cartografía. En la etapa previa a la expedición, Constanzó levantó los planos del *Puerto y nueva población de San Blas [...]*, que pronto se convirtió en el punto de partida de numerosas expediciones del Pacífico Norte. En la península de Baja

<sup>3</sup> Es abundante la bibliografía referente a los viajes y expediciones emprendidas al norte novohispano, sin embargo en ella no necesariamente se hace mención de la intervención de los ingenieros militares. Destacan las obras clásicas de Hugo O'Connor (1952), Luis Navarro García (1964), John Francis Bannon (1970), Carlos M. Fernández Shaw (1972), María del Carmen Velázquez (1974), Armando Represa (1990) y David J. Weber (2009). A ellos hay que sumar obras más recientes: John L. Kessell (2002; 2008), Carlos R. Herrera (2015), Dennis Reinhardt y Gerald D. Saxon (2015), Guadalupe Curiel (2016) y Luis Arnal (1999-2018).

<sup>4</sup> El apellido de este ingeniero también aparece como Constansó o Costansó



Pero el valor de las actividades de Constanzó queda más claro, cuando le comunica por carta al virrey que él fue quien determinó el sitio donde se fundó el presidio y la misión de Monterrey:

[...] “Con el correo que por tierra se despachó a V. E. desde Monterrey en catorce de junio, le di parte del feliz arribo de los que por mar y tierra, nos dirigimos a dicho puerto; en donde después haberse celebrado el acto de tomar posesión de aquella tierra en nombre de S. M. *elegí el sitio que me pareció más a propósito para fundar el nuevo presidio y misión*, cuyas habitaciones y oficinas tracé sobre el terreno, con los reparos que juzgué suficientes a su defensa [...] Levanté también el plano de aquel puerto y terreno inmediato, cuya operación fue bastante para ocuparme hasta el día de nuestro embarco [...]” (Moncada 2012, 229-233).<sup>5</sup>

Años después, Constanzó fue consultado en varias ocasiones sobre asuntos que afectaban a los asentamientos californianos. El ingeniero es reiterativo al señalar como única posibilidad de control sobre California el que la Corona fomentara su poblamiento. Ello sólo sería posible otorgando todo tipo de facilidades a los colonos, sin discriminar a ningún grupo, incluyendo a la población indígena. Lograr un poblamiento organizado a la par que un desarrollo económico basado en las actividades agropecuarias, permitirían el establecimiento de colonias permanentes. Ello también sería la mejor defensa ante cualquier intento de ocupación.

Otro ingeniero que desarrolló actividades en la Alta California fue Alberto de Córdoba, quien llegó a esta provincia en 1795, y permaneció únicamente durante tres años en estos territorios. Sus actividades pueden agruparse en tres áreas:

[...] “1) Supervisar la construcción de baterías y otras obras de defensa en la bahía de San Francisco y en otras bahías cercanas al puerto, como Monterrey e Isla Yerba Buena; 2) Supervisar la fundación y establecimiento de un nuevo pueblo, cuyo proyecto fue desarrollado totalmente por él, llamado Villa de Branciforte, hoy Santa Cruz, que tal vez fue su obra más importante, y; 3) Escribir reportes y levantar mapas sobre los asentamientos, como todos los ingenieros destinados en estos territorios” (Fireman, 1977, 123 y ss.).

#### NICOLÁS DE LAFORA

Los funcionarios virreinales llamaron Provincias Internas a la Nueva Vizcaya, Nuevo México, Nuevo León y Coahuila; en otros momentos incorporaron a las Californias –Alta y Baja-, Sonora, Sinaloa y Nayarit, así como a Texas y el Nuevo Santander. En nuestro caso particular, se excluye a las Californias y al Nuevo Santander, por haber sido consideradas normalmente fuera de esta denominación.

De entre los varios ingenieros que estuvieron en los territorios septentrionales de la Nueva España, es Nicolás de Lafora quien nos ha legado su mejor descripción, gracias a su participación en la expedición comandada por el marqués de Rubí, que tenía el objetivo de inspeccionar los presidios internos. El viaje, iniciado el 18 de marzo de 1766, tuvo una duración de 35 meses, y permitió a Lafora reconocer las provincias de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya, Nuevo México, Sonora, Coahuila, Texas y Nayarit. En total, Lafora recorrió más de 12 mil kilómetros (Lafora, 1939).

Lafora escribió una *Relación del viaje que de orden del excelentísimo Señor Virrey Marqués de Cruillas, Hizo el Capitán de Ingenieros Don Nicolás de La Fora en Compañía del Mariscal de Campo Marqués de Rubí comisionado por Su Majestad. A la Revista de los Presidios Internos, situados en la Frontera de la América Septentrional perteneciente al Rey*, en el que encontramos descripciones de los sucesos del viaje, mostrando las condiciones de la frontera y dando sugerencias para su defensa.<sup>6</sup> El mismo marqués de Rubí, en su *Dictamen*, agradece el apoyo de Lafora en la planeación de la reorganización de los presidios, y en las órdenes emitidas por el rey sobre las nuevas regulaciones de los mismos, se especifica que aquellos localizados en la frontera norte deberían localizarse de acuerdo al mapa dibujado por el ingeniero militar (Kinnaird, 1958, X-XI).

Tal vez la característica más importante del texto escrito por Lafora sea el detalle que imprimió el autor. El incluir los asentamientos por los que transcurrió su viaje, nombrar los arroyos, aun los más pequeños; estadísticas y características de la población, particularmente de las tribus indígenas, señalando la existencia de grupos casi desconocidos. Así, por ejemplo, es la descripción que hace de los grupos indígenas que habitaban la Nueva Vizcaya, conocidos genéricamente como apaches, cargada de todos los prejuicios de la época:

[...] “La nación apache es una misma, aunque con las denominaciones de gileños, garlanes, chilpaines, xicarillas, pharaones, mezcaleros, natages, lipanes, etc., varían poco en su idioma, nada en sus armas que son arco y flecha, ni en la suma crueldad con que tratan a los vencidos, atenazándolos vivos y comiéndose la carne que les arrancan [...] Son sumamente holgazanes, poco o nada siembran, y así se ven precisados a robar para comer, y siéndoles indiferente un pedazo de mula, de caballo o de venado, prefieren el ir en

<sup>5</sup> Cursivas del autor de este texto.

<sup>6</sup> Vale recordar que un buen número de los reconocimientos en estos territorios se hicieron con el objetivo de frenar los ataques de grupos indígenas, principalmente de los apaches. Véase a Porro (2011).

busca de lo primero, quitando las caballadas a los españoles, porque con menos fatiga que cazando se aseguran el alimento como mayor abundancia [...]” (Lafora, 1939, 83).

En el caso de los grupos que poblaban el Nuevo México, señala la existencia de los "teguas, genizaros, tiguas, abiquius, pecuries, taos, pecos, janos, zuñis, acomas, moquinos, queres, xemes, sumas y piros" (Lafora, 1939, 101). Así para cada provincia, por lo que Lafora proporciona tal vez el listado más grande de los numerosos grupos indígenas que habitaban el territorio septentrional.

Mientras Rubí se encargó del reconocimiento de hombres, monturas, equipamiento, etc., de los presidios, Lafora realizaba observaciones astronómicas y reconocía el territorio para el levantamiento de sus mapas, sin duda los más completos y mejores de las Provincias Internas, aunque no por ello los más exactos: *Mapa de toda la frontera de los dominios del Rey en la América Septentrional* [...], de 1769 (SGE), y *Mapa de la Frontera del Virreinato de Nueva España* [...] de 1771 (Lowery, 1912, 361). De hecho, en las instrucciones dadas al marqués para su reconocimiento, se señalaba la necesidad de que todas sus noticias fueran acompañadas de un mapa, “aunque fuera un simple croquis”, elaborado por el ingeniero, con la idea de mostrar mejor el territorio en cuestión, señalando las fronteras y los caminos (Kinnaid, 1958, 6).

La información proporcionada por Lafora y el *Dictamen* escrito por el marqués de Rubí fueron el punto de partida para la reorganización total de los presidios norteños, y el establecimiento de un Reglamento para su funcionamiento, así como para la posterior creación de la Comandancia General de las Provincias Internas. El resultado más claro del viaje fue el establecimiento de una línea de defensa en contra de los apaches y demás grupos indígenas rebeldes, ello implicó el cambio de lugar de 12 presidios, defendiendo en particular de la desembocadura del río Colorado al presidio de El Paso; a lo hay que sumar el establecimiento de seis nuevos presidios a lo largo del Río Bravo (Arnal, 2006). Ello definía que el territorio sobre el cual la Corona podría lograr un dominio efectivo era al sur de la línea de presidios, muy similar a la actual frontera entre México y los Estados Unidos.

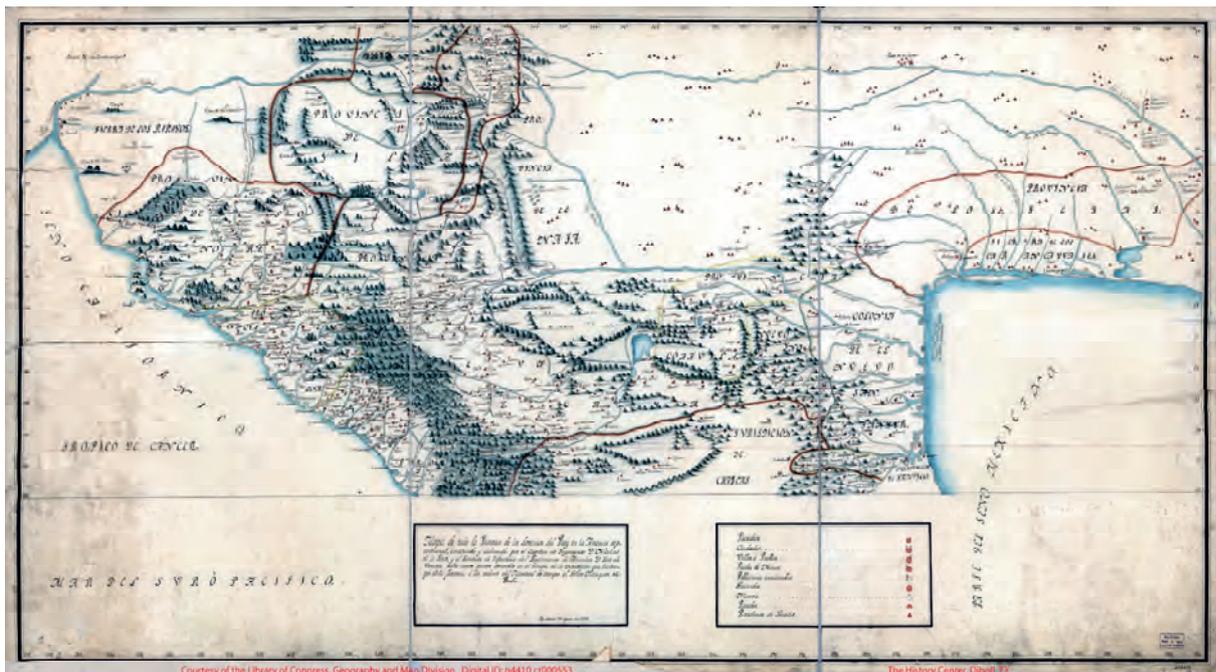


Fig. 2. Nicolás de Lafora y José de Urrutia. 1816. Mapa de toda la frontera de los dominios del Rey en la América Septentrional. [Tomado de LOC, Geography and Map Division].

En 1776 se creó la Comandancia General de las Provincias Internas, que comprendía a las provincias de Sinaloa, Sonora, California y Nueva Vizcaya, y a los gobiernos subalternos de Coahuila, Texas, y Nuevo México. Se nombró como primer Comandante a Teodoro de Croix, y en ese mismo año, al marchar hacia la nueva sede de su gobierno, en Arizpe, Sonora, solicitó al virrey el envío de dos ingenieros militares para que levantasen planos particulares y el general de las Provincias. Se designó para ello a los ingenieros Manuel Agustín Mascaró y Gerónimo de la Rocha, quienes recibieron la orden de trasladarse a Nueva España desde Cartagena y Figueras, respectivamente (Navarro, 1964, 290). Mientras llegaban, se designó al ingeniero Carlos Peison de Duparquet, que se encontraba en Veracruz, para integrarse a la misma, donde permaneció hasta marzo de 1778 (Navarro, 1964, 290). La labor de este ingeniero se inició de inmediato, pues realizó un *Mapa desde Veracruz a los Presidios del Norte y de éstos a Chihuahua* [...] desde principio de agosto de 1777 hasta 14 de marzo de 1778. Sin embargo, al año siguiente

recibió la orden de regresar a Veracruz, pues el caballero de Croix consideró que su mapa presentaba errores muy graves (Fireman, 1977, 144).

Tanto Rocha como Mascaró sirvieron directamente a las órdenes de Teodoro de Croix, aunque Rocha acompañó a Jacobo de Ugarte a un "reconocimiento de los terrenos de los cuatro presidios de la frontera septentrional, de su actual ubicación, de la que ocupaban antes del traslado de los tres removidos y de la que determinaba el reglamento" (Navarro, 1964, 388). El viaje duró tres meses y sirvió para que Rocha levantara el *Mapa de la Frontera de Sonora para el establecimiento de la línea de Presidios (AGI)*;<sup>7</sup> Asimismo, acompañó a Juan Bautista Anza en la guerra contra los apaches, levantando el *Mapa de los terrenos que ha de batir la expedición contra los apaches gileños* (Fireman, 1977, 149) e itinerarios que habían de seguir las fuerzas militares españolas. También atendió a la construcción del presidio de Frontera, llegando a ser capitán interino del presidio y comandante de la compañía de caballería (Navarro, 1964, 439).

Manuel Agustín Mascaró se encontraba en Cartagena cuando, en 1777 recibió la orden de embarcarse en Cádiz rumbo a las Indias. Junto con Rocha arribó a Sonora en 1779, para ponerse a las órdenes del Caballero de Croix, realizando muy diversas actividades. En el camino hacia su nuevo destino, escribió un *Diario [...] desde la villa de Chihuahua al Pueblo de Arizpe, en la pimería alta, Gobernación de Sonora, en 1779*, detallando el itinerario seguido. También detalló los derroteros de México a Chihuahua, y de Arizpe a México. A diferencia de Rocha que participó en las campañas contra los indios hostiles, Mascaró se dedicó más a la construcción de obras públicas. Inmediato a su llegada se trasladó al presidio de Pitic, donde construyó zanjas de irrigación en el valle del río Sonora (Fireman, 1977, 152).

Croix impulsó administrativamente a la Comandancia y decidió establecer la capital de las Provincias Internas en Arizpe, a la que se le otorgó el título de ciudad en 1780, y a Pitic el título de villa, con lo que se inicia casi de inmediato la construcción de diversas obras públicas en su beneficio. De sus obras se cuenta con los planos para la Casa de Moneda de Arizpe, varios edificios civiles para la misma ciudad, entre los que se encontraban el almacén de pólvora, la cárcel y una presa sobre el río Bacanuchi, que permitió abrir al cultivo tierras aledañas a la capital.

En 1780 Mascaró levantó el *Plano general de la Misión y Pueblo de Arizpe [...]*, un verdadero proyecto de urbanización para la capital, considerando los predios para el palacio del comandante general, el palacio episcopal, la casa de moneda y el ayuntamiento, así como una alameda, que nunca pudo realizarse dadas las difíciles condiciones de la región; un año después, en 1781 escribió *Descripción, y actual estado del Pueblo, i Misiones de Arizpe, que S. M. ha destinado [...] para Capital de estas Provincias Internas, Clima, Producciones y Calidades de su terreno, Carácter, Gobierno Civil y Militar de su Habitantes [...]*, detallando las pobres condiciones del asentamiento, que no merecía la capital, así como las nuevas proyectadas (Meléndez, 2009). Igualmente levantó una interesante cartografía de estos territorios: *Carta o Mapa Geográfico de una gran parte del Reyno de la Nueva España, Mapa Geográfico de una gran parte de la América Septentrional, Mapa del Norte de la Nueva España y Mapa que comprehende la Provincia de Texas desde la Misión de la Espada hasta el río Misisipi* (Moncada, 1993).

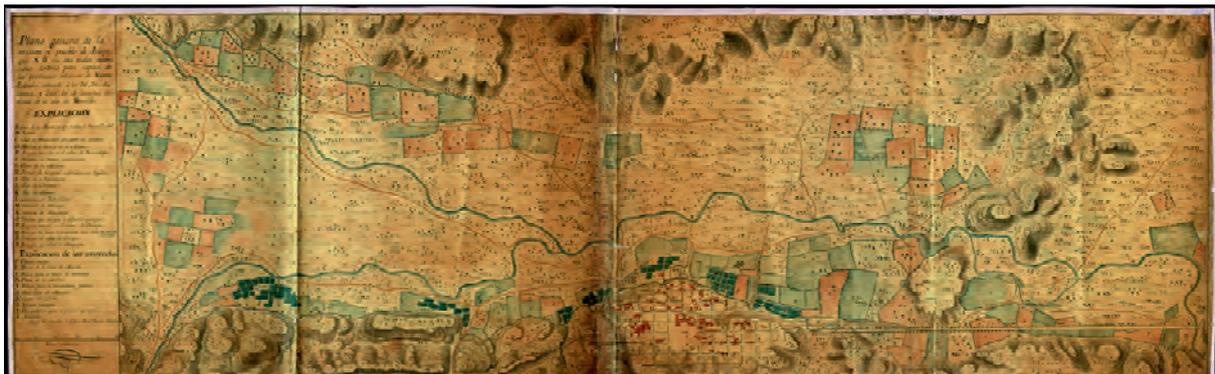


Fig. 3. Manuel Agustín Mascaró, 1780. Plano General de la misión y pueblo de Arizpe. [Tomado de BL].

Aún cuando permaneció la mayor parte del tiempo en Arizpe, realizó algunos viajes por órdenes de Croix, haciendo planos y proyectos de obras muy diversas: estuvo en San Buenaventura, Nueva Vizcaya, proyectando edificios; levantó el *Plano de la casa para la Real Caja del Real de Rosario*, reconoció la iglesia de Charai; construyó otra presa en Onavas sobre el río Yaqui (Meléndez, 2009).

En 1785 Mascaró y Rocha reciben la orden de abandonar el norte novohispano. El primero continuaría sus méritos en el virreinato, donde se hallaba todavía en 1811, mientras que Rocha regresó a España.

<sup>7</sup> Fireman (1977, 146) señala que los diarios de Rocha se localizan en la Colección Sparks, de la Harvard College Library, Cambridge, Mass.

A partir de ese año hubo otros ingenieros que se desplazaron a aquellos territorios, pero de los cuales tenemos información muy dispar. Los que siguieron ya no estuvieron tan cerca del comandante general, ni desarrollaron la labor de sus antecesores. Así, por ejemplo, sabemos que Juan de Pagazaurtúndua fue destinado a las Provincias Internas hacia 1786, en sustitución de Gerónimo de la Rocha. De sus obras se sabe que participó en los reparos de las iglesias de Chihuahua y del Real de Minas de Santa Eulalia, y que levantó los siguientes mapas: *Plano del Presidio de Santa Fe del Nuevo México*, *Mapa Geográfico de la Provincia de Sonora [...]*, *Mapa Geográfico de la Nueva Vizcaya [...]*, y *Mapa particular geográfico de la provincia de el Nuevo México [...]* (Moncada, 1993). En 1793 se encontraba en Guadalajara, y un año después regresó a la Península. En 1797, escribe una *Descripción de las Provincias Internas*, para el Teniente General Luis Huet (Fireman, 1977). En 1802 se le destina de nueva cuenta a las Provincias Internas, pero nada se sabe de sus actividades, excepto que en 1803 realizó su *Nuevo Mapa Geográfico de las Provincias de Sonora y Nueva Vizcaya de la America Septentrional*.

José Cortés, quien a su vez sustituyó a Pagazaurtúndua en las provincias norteñas, debió llegar a aquellos territorios hacia principios de 1796. De lo poco que se conoce de Cortés es una *Memoria sobre las provincias del Norte de Nueva España...* (Lowery, 1912; John, 1989) y que levantó el *Mapa Geográfico de la parte de América Septentrional [...]*, que tal vez acompañaba a su escrito, ambos de 1799. Hacia 1803 abandonó el virreinato de regreso a la península y nunca más volvió a América.

Una última referencia. Cuando en 1767 se decide formar una expedición punitiva al mando del coronel Domingo Elizondo, en contra de los apaches, pimas y seris, que se habían sublevado, dos ingenieros militares solicitan incorporarse a la misma, Miguel Constanzó, quien de ahí pasaría a la expedición californiana, y Francisco Fersen. Este ingeniero, de origen francés, permaneció únicamente durante tres años en aquellas tierras; participó en la campañas militares a las órdenes de Elizondo y del gobernador de Sonora Juan de Pineda (Navarro García, 1974, 171). Sólo se sabe que levantó dos mapas de características muy similares: *Mapa de una porción de la Provincia de Sonora que manifiesta la posición de los enemigos, Indios bravos y Mapa de una porción de la Provincia de Sonora que manifiesta la posición de los enemigos*, ambos fechados en 1769 (ambos en la Biblioteca Nacional de España), y una pequeña *Descripción de las Provincias de Culiacán, Sinaloa y Sonora*, fechada en Pític, de 1770 (Arroyo, 2003).



Fig. 4. Francisco Fersen, 1769. Mapa de una Porción de la provincia de Sonora que manifiesta la posición de los enemigos. [Tomado de BN].

### AGUSTÍN LÓPEZ DE LA CÁMARA ALTA

La incorporación temporal del Nuevo Santander a la Comandancia General de las Provincias Internas, es lo que lleva a considerarla en este texto. Además, con ella se cierran las expediciones de los ingenieros militares a los territorios norteños, cubriendo así desde el Océano Pacífico hasta el Golfo de México.

Esta provincia fue la que menos atrajo la atención de las autoridades virreinales por su carencia de recursos minerales, lo que dio lugar a una colonización tardía. A los documentos coloniales fundamentales para conocer la historia del Nuevo Santander en el siglo XVIII se debe añadir, sin duda alguna, la *Descripción General del Nuevo Santander*, del ingeniero militar Agustín López de la Cámara Alta, fechada en 1758 (López de la Cámara Alta, 2006).

Este documento es la única noticia sobre esta provincia escrita por un miembro de esta corporación, con excepción de las muy breves noticias que dio Nicolás de Lafora en su viaje a la revista de los presidios internos, particularmente de Laredo, y un plano, sin fecha, del puerto de Santander (Soto la Marina) levantado por el ingeniero Alberto de Córdoba (localizado en la Mapoteca Manuel Orozco y Berra, México).

El importante proyecto colonizador emprendido por José de Escandón, en el Nuevo Santander, iniciado en 1748, tuvo prometedoros frutos durante su primera etapa. Cuatro años después los conflictos aparecían de forma grave, llegando las noticias a la capital del virreinato. Si bien para ese momento se cumplían los objetivos de ocupación del territorio con la fundación de 24 villas, 13 misiones y numerosos ranchos y haciendas, con la consiguiente reducción de indios, el costo económico era muy alto. Coyunturalmente, las condiciones naturales, principalmente las condiciones climáticas, no eran del todo favorables, afectando cultivos y ganado, por lo que Escandón apoyaba económicamente a los colonos para que subsistieran, elevándose de manera considerable el presupuesto originalmente considerado (Osante, 1997).

Ante los problemas, el virrey marqués de las Amarillas comisiona, en 1756, al teniente coronel José Tienda de Cuervo, a una inspección de la Colonia del Nuevo Santander “para conocer la situación y el desarrollo de toda la empresa pacificadora y colonizadora que había estado y aún continuaba a cargo de José de Escandón” (Osante, 1997, 202). Acompañando al juez inspector iba el ingeniero en segundo Agustín López de Cámara Alta, como asesor.

El viaje se realizó entre el 28 de abril y el 19 de agosto de 1757 y, en términos generales, los dos militares se muestran de acuerdo con las acciones emprendidas por Escandón. Los puntos de conflicto fueron la propuesta de cierre del puerto de Soto la Marina y el reparto forzoso de las tierras entre los vecinos del Nuevo Santander, pero en ello ya no intervendría el ingeniero López de la Cámara Alta.

Respecto al documento escrito por el ingeniero, está fechado en la ciudad de México el 1º de febrero de 1758. Lleva el largo título de *Descripción General de la Nueva Colonia de Santander y relaciones individuales en orden al reconocimiento e inspección de todo su terreno y pueble y el de una parte de Sierra Gorda... el todo arreglado a las ordenes de instrucciones dadas por el exmo. Señor marqués de las Amarillas [...] al teniente coronel e ingeniero en segundo de los reales ejércitos, plazas y fronteras de S.M. don Agustín López de la Cámara Alta; así mismo acompaña a su parecer manifestando por el adjunto mapa general, el todo del terreno y poblaciones de la referida Colonias, con dos planos, uno explorado de la bahía y puerto de Santander, otro de su boca principal y barras que existen en su frente, con todos sus sondeos.*<sup>8</sup>

Como el título lo indica, el documento puede dividirse en dos partes, inicia con una descripción detallada de la colonia, señalando su extensión, su topografía e hidrografía, con una abundante toponimia. Curioso resulta el detalle que alcanza en la hidrografía, pues reconoce 58 ríos “grandes, medianos y pequeños, que todo el año corren”, a lo que habría que sumar los torrentes de la época de lluvias, que permiten la fertilidad de los terrenos. De los ríos, cuatro son los principales: el Grande, Bravo o del Norte, el de Conchas, el Purificación y el Guayalejo o de Jaumave, 17 son de segundo orden y los restantes de tercera clase. Asimismo trata con detalle la línea de costa, con sus lagunas y esteros.

Posteriormente pasa a describir los diferentes asentamientos que componen la colonia novosantanderina, iniciando con la villa de Santander, la capital, para después informar sobre las 19 poblaciones restantes más las cuatro de la Sierra Gorda, señalando para cada una su distancia respecto a la capital, su clima, los principales cultivos, sean de temporal o de riego, y la calidad de sus suelos. Asimismo, hace referencia a los bosques, a la producción de sal, la minería, la hay, y la ganadería.

Al momento de referir la *Inspección* de cada uno de los 24 asentamientos, desarrolla ampliamente los temas señalados en la descripción general. El aspecto más importante es la incorporación de datos referentes a la fundación y características de los asentamientos, la población, española e india, la presencia de la iglesia e información muy completa sobre la geografía de la provincia. Finaliza con un “parecer” de la inspección y reconocimiento, que resume sus observaciones. Importante resulta su propuesta de crear tres nuevos asentamientos, como medida para prevenir las “entradas” de los indios, que fue aceptada años después, y que permitió crear los asentamientos de San Carlos, después capital de la provincia, Cruillas y Croix.

De su reconocimiento, tal vez sea la descripción del río de Santander, el que dio lugar a la polémica más fuerte, pues, con base en sus observaciones del medio, determinó la inviabilidad de instalar un puerto en esta desembocadura, en contra de los deseos de Escandón y los colonos.

<sup>8</sup> El original de la descripción se localiza en AGN, Historia, vol. 53. Existe, además, una copia en AGI, México, 692.